



XLIV

Mi hundimiento moral

LEGÓ por fin el primer examen de cálculo integral y diferencial, y yo permanecía aun envuelto en una extraña bruma, sin darme cuenta exacta de lo que me aguardaba. Por la noche, al volver de casa de Zukhin, se me ocurría que algo había que cambiar en mis convicciones y que algo había también que no marchaba como era debido. Pero por la mañana, al ver brillar en el cielo la luz del sol, volvía á ser *comme il faut*, estaba contento de mí y no pensaba ya en cambiar nada.

Con esta especial disposición de espíritu llegué al primer examen. Me senté alegre en el banco donde estaban también los príncipes, los condes, los barones, y me puse á hablar con ellos en francés, y, cosa rara, ni siquiera una vez pensé que dentro de poco tendría que contestar á preguntas cuya materia no conocía poco ni mucho. Con una sangre fría incomprensible, miraba á los que volvían de los exámenes y aún me permití burlarme de algunos de ellos.

—Hola Grapp,—dije á Ilinka cuando volvía al banco.—Habéis tenido mucho miedo?

—Ya veremos cómo vos contestaréis!—hizo el muchacho, que desde principios de curso se había indispuerto conmigo, contestando siempre secamente á mis preguntas.

Contesté con una sonrisa de desprecio á las palabras de Ilinka,

aunque la duda que expresara me aterrorizó un momento... Pero de nuevo la espesa bruma que me envolvía cubrió este pasajero horror, y continué distraído, indiferente, de manera que llegué hasta á convenir con el barón de Z... que en acabando los exámenes iríamos á comer á una fonda entonces muy conocida. Cuando me llamaron, junto también con Ikonin, me arreglé el uniforme y tranquilo avancé hasta la mesa de exámenes. Solamente cuando el joven profesor me miró en los ojos y yo toqué con la punta de los dedos la papeleta en que estaba escrita la pregunta á que había de contestar, un profundo escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Ikonin tomó su papeleta con un balanceo de todo el cuerpo, lo mismo que el año anterior y, bien que mal, oí que algo contestaba; en cuanto á mí, no sabiendo qué contestar á la primera pregunta que me tocó, tomé una segunda papeleta, ante la cual tampoco supe qué decir. El profesor entonces me miró con lástima y con voz baja, pero firme, dijo estas palabras:

—No podéis pasar al segundo año, señor Irteniev, y será mejor para vos no continuar los exámenes... Y vos tampoco, señor Ikonin.

Ikonin suplicó que se le dejase examinarse, que estudiaría; pero el profesor le contestó que no podría hacer en dos días lo que no había hecho en todo un año... Volvió Ikonin á suplicar humildemente, pero el profesor se negó de nuevo.

—Podéis retiraros, señores,—nos dijo con la misma voz baja y firme.

Solamente entonces me decidí á alejarme de la mesa; yo estaba avergonzado, pues con mi silencio parecía tomar parte en las humillantes súplicas de Ikonin. No recuerdo cómo atravesé la sala llena de estudiantes, ni lo que contesté á sus preguntas, ni cómo salí al vestíbulo, y menos aun cómo llegué á mi casa... Me sentía humillado, herido en lo más hondo de mi alma, verdaderamente infeliz.

Tres días estuve sin salir de mi cuarto, no quise ver á nadie, y, como en mi infancia, hallé en las lágrimas un gran consuelo. Pensé en matarme, creyendo que Ilinka Grapp me escupiría al rostro cuando me viese y que al hacerlo obraría perfectamente; que Operov se alegraría de mi desdicha y que la contaría á todo el mundo; que Kolpikov tuvo gran razón al burlarse de mí en casa de Ilinka; que mi estúpida conversación con la princesa de Kornakov no podía haber tenido otras consecuencias... Todos los penosos momentos de mi vida, en que hubiese sufrido mi amor propio, me venían á la imaginación uno después de otro, y quería poder acusar

á alguien de mi desgracia, y aun llegué á pensar que había sido el resultado de algún plan tramado contra mí. Me indigné contra los profesores, contra los camaradas,



contra Volodia y Dmitri, hasta contra papá que me había enviado á la Universidad. Me indigné también contra la Providencia, pues me dejaba sobrevivir á mi gran vergüenza. Finalmente, y comprendiendo que á los ojos de todo el mundo mi pérdida era ya definitiva, pedí á papá que me dejase entrar en los húsares ó que me dejase ir al Cáucaso. Papá estaba descontento de mí, pero al ver mi profundísimo dolor trató de consolarme diciendo que el daño no era irremediable, que se podía reparar entrando en una distinta facultad. Volodia, que tampoco veía en mi mal nada terrible,

me dijo que en otra facultad no habría de avergonzarme delante de mis nuevos compañeros.

Las mujeres de casa no comprendían ó no querían comprender lo que eran unos exámenes, ni lo que había de humillante en tener que pasar á otra facultad, y me compadecían únicamente porque veían mi gran dolor.

Dmitri vino á casa todos los días, mostrándose conmigo muy dulce y muy tierno, pero tal vez á causa de esto mismo me pareció excesivamente frío. Me sentía cohibido y con profundo malestar cada vez que subía á verme y se sentaba á mi lado, con aquella expresión del buen doctor que se sienta á la cabecera de un enfermo muy grave. Sofía Ivanovna y Varenka me enviaban por su mediación libros que había manifestado deseos de tener, mandándome también decir que fuese á su casa. Pero precisamente en todas esas benévolas atenciones yo no veía sino aquella especie de humillante indulgencia con que se quiere consolar á los hombres que han caído muy bajo. Al cabo de algunos días me fui calmando y volvió poco á poco la tranquilidad á mi espíritu, pero no salí de casa, siempre absorbido en mi dolor, hasta que llegó el día de marchar al campo.

Y yo pensaba, pensaba... y una vez, ya muy tarde de la noche,

recuerdo que me estaba solo en el salón escuchando el vals de Audotía Vasilievna, cuando de pronto me puse en pie de un brinco, subí corriendo á mi cuarto, busqué el cuaderno en el cual había escrito *Reglas de vida*, lo abrí, contemplé sus páginas en blanco, y un momento me sentí profundamente arrepentido, con fuertes impulsos de enmienda moral. Entonces lloré, lloré copiosamente, pero ya no eran mis lágrimas, lágrimas de desesperación. Sosegado, tomé otra vez la resolución de escribir para mí mismo unas verdaderas reglas de vida, convencido firmemente de que no podría nunca hacer nada malo no estando ocioso y observando siempre y en todos los momentos de la vida mis nuevas reglas.

Este impulso de mejoramiento moral duró mucho tiempo? En qué consistía en el fondo de todo? Cuáles fueron las nuevas bases que dí á mi desenvolvimiento anímico?

He aquí lo que tal vez cuente algún día, si llego á escribir la historia de mi segunda juventud, mucho más feliz que la primera.